

Evento del 70º Aniversario de LCWR 2026
Muchos Carismas, Un Espíritu, Un Llamado

SINODALIDAD Y VIDA RELIGIOSA

Un Camino de Intercambio Mutuo de Dones para la Iglesia y el Mundo

Presentación, Orlando, Florida, 12 de agosto de 2026

Hna. Nathalie Becquart, xmcj — Subsecretaria, Secretaría General del Sínodo

APERTURA

Es una alegría profunda estar con ustedes — líderes y miembros elegidos de congregaciones religiosas, mujeres y hombres, venidos de los Estados Unidos, junto con algunas hermanas y hermanos de América Latina y Canadá. Este encuentro es en sí mismo un signo de lo que quiero hablarles hoy: mujeres y hombres consagrados, más allá de fronteras, carismas y roles de liderazgo y pertenencia, caminando juntos en un espíritu sinodal. El propio tema de su Evento del 70º Aniversario de LCWR 2026 — “Muchos Carismas, Un Espíritu, Un Llamado” — ya expresa lo que significa ser una Iglesia sinodal: una Iglesia en la que todos caminamos juntos en unidad, a través de la diversidad de nuestros carismas, dones, vocaciones y ministerios.

En 2022 tuve la oportunidad de participar por primera vez en su asamblea, y me conmovió profundamente el estilo sinodal que experimenté a través de su proceso. Aprendí mucho de ello. Por eso quiero comenzar expresando mi gratitud — por estar aquí con ustedes esta mañana, y porque, desde hace setenta años, LCWR ha sido un verdadero laboratorio de sinodalidad.

Como mujeres y hombres consagrados venidos de tantos lugares y congregaciones diferentes a lo largo de las Américas, **ustedes no están al margen del camino sinodal. Están en su corazón.** Y en nombre de la Secretaría General del Sínodo, quiero agradecerles de manera especial su compromiso de tantas formas en el Sínodo desde octubre de 2021 y ahora, asumiendo la importancia de la fase de implementación de los frutos del Sínodo, por continuar impulsando la recepción aún inacabada del Concilio Vaticano II. Su vocación de seguir a Cristo y de llevar la misión en el contexto de las Américas ya encarna dimensiones de la sinodalidad que toda la Iglesia recién está empezando a aprender.

También quiero decir algo personal. Como religiosa yo misma — una hermana xaveriana formada en la espiritualidad ignaciana — no vengo a esta conversación como alguien de fuera que les explica la sinodalidad, sino como una hermana entre hermanas y hermanos que comparte la misma vocación, y que ha tenido el extraordinario privilegio de acompañar desde dentro el camino sinodal de toda la Iglesia, consciente de cuánto he recibido de tantas religiosas y religiosos de los Estados Unidos, especialmente durante mis casi dos años en Chicago, en la CTU, y luego en Boston, en la Escuela de Teología y Ministerio del Boston College. No sería la religiosa que soy hoy, sirviendo en el Vaticano, sin el apoyo, la formación y el acompañamiento que recibí de tantas hermanas y otros religiosos estadounidenses. Y estoy aquí para escuchar lo que ustedes portan — porque el intercambio de dones no es una metáfora. Es para lo que esta asamblea realmente existe.

Y en el tiempo que tenemos juntos ahora, quiero subrayar humildemente algunos aspectos sobre la sinodalidad y la vida religiosa.

PARTE I — ¿QUÉ ES LA SINODALIDAD?

No un programa. Un modo de ser.

Seamos claros primero sobre de qué estamos hablando, porque la palabra suele malentenderse. La sinodalidad no es un programa por implementar, ni un proyecto con fecha límite en 2028, ni una reunión más sobre reuniones. Se trata de nuestra identidad profunda como Iglesia, enraizada en el misterio de la Trinidad. El Documento Final del Sínodo, adoptado en octubre de 2024, ofrece una descripción fundacional: La sinodalidad es una dimensión constitutiva de la Iglesia... Es un modo de ser y de actuar, un estilo de vida y de misión, que expresa la naturaleza de la Iglesia como pueblo peregrino, reunido por el Espíritu Santo para caminar juntos en fidelidad al Evangelio hacia el Reino de Dios.

La sinodalidad se aprende haciéndola. A través del propio camino sinodal llegamos a comprenderla cada vez más profundamente, y pudimos formular una definición:

“La sinodalidad es el caminar juntos de los cristianos con Cristo y hacia el Reino de Dios, en unión con toda la humanidad. Orientada a la misión, la sinodalidad implica reunirse en todos los niveles de la Iglesia para la escucha mutua, el diálogo y el discernimiento comunitario. Implica también alcanzar el consenso como expresión de Cristo haciéndose presente, Él que vive en el Espíritu. Además, consiste en tomar decisiones según corresponsabilidades diferenciadas. En esta línea podemos comprender mejor lo que significa decir que la sinodalidad es una dimensión constitutiva de la Iglesia (cf. CTI 1).

En términos simples y concisos, la sinodalidad es un camino de renovación espiritual y reforma estructural que permite a la Iglesia ser más participativa y misionera, de modo que pueda caminar con cada hombre y mujer, irradiando la luz de Cristo.” (DF §28)

La sinodalidad no es la disolución de la autoridad en una conversación interminable — en una Iglesia sinodal el obispo sigue siendo obispo y la superiora general sigue siendo superiora general. Pero se trata de cómo ejercemos la autoridad. Es una manera de ejercer la responsabilidad juntos, cada cual según su lugar en el Cuerpo, pero todos escuchando juntos al mismo Espíritu que actúa en cada lugar y tiempo. Comienza con nuestra fe en la acción del Espíritu Santo en nuestra congregación, en la Iglesia, en el mundo de ayer, de hoy y del futuro.

Tres palabras estructuran todo : **Comunión. Participación. Misión.**

- **Comunión** — ya somos uno en el bautismo, a un nivel más profundo que todas nuestras diferencias. La comunión no es algo que debemos construir desde cero; es un don que debemos recibir, y luego dejar que se haga visible. Como comunidad y como Iglesia estamos llamados a reflejar la vida de la Trinidad en nuestro contexto histórico.
- **Participación** — toda persona bautizada tiene dones que aportar; nadie es demasiado pequeño, demasiado joven o demasiado pobre para contribuir. La participación es simplemente la forma concreta y cotidiana que toma la comunión.
- **Misión** — todo esto no es para nosotros mismos; es para el mundo. Nos escuchamos unos a otros para poder escuchar mejor al mundo, discerniendo mejor los signos de los tiempos, y sirviendo mejor a los hombres y mujeres de hoy con quienes caminamos.

La sinodalidad como migración cultural

Quiero proponer una imagen que encuentro particularmente sugerente para este momento: **la sinodalidad — el modo de continuar la recepción del Concilio Vaticano II — es un proceso de migración cultural asumido como camino de conversión.**

No se trata de ser otra Iglesia, sino de ser la Iglesia de un modo diferente, para ser más fieles al Evangelio en un mundo cambiante que enfrenta muchos desafíos. Es pasar de una cultura a otra: de una cultura de clericalismo, jerarquismo y autosuficiencia institucional a una cultura de escucha, corresponsabilidad, discernimiento e intercambio genuino. Se trata de asumir de verdad la visión eclesiológica ligada a la visión de la Revelación expuesta en *Dei Verbum* 2:

Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina. En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor, y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía. (DV 2)

Esta visión dialógica y relacional de Dios como Trinidad — un Dios que desea comunicarse con nosotros y fomentar una relación de amistad — sostiene la eclesiología sinodal, que es una eclesiología relacional. Todo lo demás se deriva de ahí. Si Dios se relaciona con nosotros de este modo, viniendo a caminar con su Pueblo, entonces una Iglesia que no escucha, que no dialoga, que no camina junta como hermanos y hermanas, no es simplemente ineficaz: está desafinada respecto al Dios que proclama.

Sin embargo, mientras la sinodalidad y la colegialidad marcaron el estilo del gobierno eclesial en los primeros siglos, el segundo milenio llegó a comprender la Iglesia de un modo altamente institucional, jurídico y piramidal — como una sociedad perfecta dividida entre quienes conocen y enseñan, los pastores, y quienes son enseñados, los fieles. Hemos heredado esta visión, y aún no hemos terminado de recibir e implementar la del Concilio Vaticano II, que exige un cambio genuino de cultura. Todavía estamos en transición — y ustedes saben lo que cuesta una transición de este tipo.

Migrar tiene un costo. Requiere dejar atrás lo familiar. Implica desorientación, pérdida y el duelo de soltar lo que ya no funciona, para poder inculturarse de nuevo en un contexto diferente. Pero también abre algo nuevo — una manera más rica y más misionera de ser Iglesia.

Muchas de ustedes en esta sala conocen la migración en carne propia: por su propia experiencia y la de las personas con quienes caminan; por comunidades internacionales; por hermanas y hermanos que han cruzado fronteras culturales y lingüísticas en misión; por su propia experiencia de moverse dentro de estructuras eclesiales que no fueron pensadas con las mujeres en mente. Esa experiencia no es incidental. Es formativa para lo que toda la Iglesia está siendo llamada a aprender ahora. Ustedes ya saben que nadie migra por decreto, que la primera generación siempre paga el precio más alto, y que lo que se pierde en el cruce es real y debe ser llorado, no negado, para poder renacer en otra cultura.

El Documento Final es claro sobre la profundidad de este cambio:

“La conversión que se nos pide es espiritual, relacional y estructural — tres dimensiones inseparables, ninguna de las cuales puede lograrse aisladamente de las otras.” (cf. DF)

Espiritual, relacional y estructural — y ninguna de las tres sin las otras. Un cambio de estructuras sin un cambio de corazones no basta. Un cambio de corazones que busca renovación necesita estructuras renovadas o nuevas.

PARTE II — LA SINODALIDAD COMO PROFECÍA SOCIAL

Esta no es solo una cuestión eclesial. En un país — y en todo un hemisferio — marcado por la polarización, la desigualdad, las crisis migratorias, el cambio climático y la erosión de las instituciones democráticas, la capacidad de la Iglesia de caminar juntos a través de la diferencia es en sí misma una forma de testimonio profético. Como subraya el Documento Final: **"la sinodalidad es una profecía social; es un don para el mundo."**

Estados Unidos, Canadá y América Latina comparten una misma policrisis con rostros distintos: el colapso de la capacidad de convivir a través de la diferencia — desigualdad política y social, fracturas culturales, violencia en todo el hemisferio — enfrentado por una cultura dominante que ofrece falsas soluciones: levantar muros, tomar partido, ganar.

En este contexto, la Iglesia sinodal que experimentamos en el Aula del Sínodo en octubre de 2023 y 2024 propone algo radical: una comunidad de hermanos y hermanas iguales en dignidad que han aprendido a caminar juntos a través de profundas diferencias culturales, lingüísticas y eclesiales — que escuchan antes de hablar, que buscan el consenso en lugar de la victoria, y que fundan su vida común en la oración más que en la ideología.

Del mismo modo, sus comunidades son laboratorios para esta profecía tan necesaria. En lo mejor de sí, sus congregaciones ya la encarnan — la sinodalidad está en su ADN y en su historia. La pregunta es si podemos abrazar esta profecía de manera más concreta, a la luz de nuestra edad y situación actual en la vida religiosa, incluidas nuestras mayores fragilidades, y nuestra disposición a reconocerlas públicamente y ofrecer esta experiencia como un don a un mundo que la necesita desesperadamente.

El Papa León XIV, que es un verdadero don de la Iglesia estadounidense en lo mejor de sí, nos llama desde el comienzo :

"Queremos ser una Iglesia sinodal, una Iglesia que camina, que busca siempre la paz, que busca siempre la caridad, que busca siempre estar cerca, especialmente de los que sufren." (Urbi et Orbi, 8 de mayo de 2025)

Él subraya que la paz que buscamos debe estar desarmada — comienza con el desarme de nuestros corazones, nuestros prejuicios, nuestros miedos. Y se vuelve desarmante — crea a su alrededor un espacio donde el otro puede, a su vez, deponer sus armas.

Las mujeres y los hombres religiosos llevan siglos practicando esta paz desarmada y desarmante — en hospitales durante las guerras, en escuelas de territorios ocupados, en comunidades más allá de las líneas raciales, en el acompañamiento de quienes la sociedad ha descartado. Esto no es espiritualidad privada. Es testimonio público. Es lo que el Documento Final llama *"la profecía de la cultura del encuentro"* (DF 121).

Con el papa León comprendemos cada vez más cómo la sinodalidad es un camino hacia la paz, tal como ya lo destacó el papa Francisco en su conclusión al final del Sínodo: « Quizás sin hablar demasiado de sinodalidad, la paz puede alcanzarse a través de procesos de escucha, diálogo y reconciliación. **La sinodalidad** no es simplemente un programa eclesial más: es **una gramática de**

paz que la Iglesia propone al mundo, viviéndola primero ella misma. » Y esto es tan necesario hoy. Como mujeres y hombres religiosos, nuestra vocación es la profecía. La pregunta ahora es cómo ser cada vez más proféticos en el contexto en que realmente vivimos. La respuesta es clara: viviendo la sinodalidad como profecía social y como “gramática de paz”. No la paz como ausencia de conflicto, sino la paz como un lenguaje aprendido y un modo no violento de afrontar tensiones y conflictos — una manera de hablar y de escuchar que hace posible que personas en desacuerdo permanezcan en la misma sala, y permanezcan ahí el tiempo suficiente para que el Espíritu pueda actuar y, al final, traer armonía.

PARTE III — EL INTERCAMBIO DE DONES

El corazón teológico de la sinodalidad

La noción central para comprender y vivir la sinodalidad, en la que quiero detenerme ahora, es la **noción de “el intercambio de dones”** (DF 120–123). Es, creo, la clave que abre el sentido más profundo de la sinodalidad — y su conexión más directa con nuestra vida y nuestra misión.

“La diversidad de las Iglesias locales no es un obstáculo para la unidad sino un don del Espíritu... Cada cultura, cada tradición, cada carisma aporta algo insustituible a la comprensión del Evangelio por parte de la comunidad.” (cf. DF 120–123)

El intercambio de dones es, ante todo, una realidad teológica. Como personas bautizadas, estamos incorporados al mismo Cuerpo de Cristo, y lo que tenemos en común es más fuerte que nuestras diferencias de vocación, carisma, función, género o edad. Y sin embargo, precisamente porque somos un solo Cuerpo, cada vocación es única: cada miembro aporta lo que ningún otro miembro puede aportar. Ninguna voz, tradición o carisma agota por sí solo la plenitud de la Revelación. Nos necesitamos unos a otros — como bautizados, como religiosos, como congregaciones, como miembros del Pueblo de Dios — de manera genuina y estructural, no meramente simbólica.

Esa es la mayor lección del proceso sinodal: necesitamos al otro. Así como los obispos descubrieron el enriquecimiento de discernir junto a no obispos durante las Asambleas sinodales en Roma, nosotros, como mujeres y hombres consagrados, necesitamos también a los laicos y a los ordenados. Nuestro discernimiento se profundiza cuando escuchamos perspectivas moldeadas por lentes distintas de las nuestras.

Lo que hemos recibido está destinado a ser compartido: un carisma dado por el Espíritu es siempre para el bien común. Así, hoy, como mujeres y hombres religiosos, tenemos mucho que dar a la Iglesia — y mucho que recibir de otros. Lo que estamos llamados a hacer durante esta asamblea de LCWR — vivir este intercambio de dones como comunidad de fe en un espíritu de sinodalidad — puede inspirarse en lo que el papa León compartió con los cardenales en el consistorio, cuando les dijo: **« Nuestro Colegio, aunque rico en muchas habilidades y dones notables, no está llamado, en primer lugar, a ser un equipo de expertos, sino una comunidad de fe. Solo cuando los dones que cada uno aporta se ofrecen al Señor y son devueltos por Él, producen, según su providencia, el mayor fruto. »**

Porque **“Una espiritualidad sinodal fluye de la acción del Espíritu Santo y requiere escucha de la Palabra de Dios, contemplación, silencio y conversión del corazón.” (...)** Una espiritualidad de la sinodalidad requiere también ascesis, humildad, paciencia y disponibilidad para perdonar y ser perdonado. **Acoge con gratitud y humildad la variedad de dones y tareas distribuidos por el Espíritu Santo para el servicio del único Señor (cf. 1 Cor 12, 4-5).** Lo hace sin ambición, envidia ni deseo de dominio o control, cultivando la misma actitud de Cristo, quien **“se despojó de sí**

mismo tomando la condición de siervo” (Flp 2,7). Reconocemos los frutos de una espiritualidad de la sinodalidad cuando la vida cotidiana de la Iglesia está marcada por la unidad y la armonía en la pluriformidad. Nadie puede avanzar solo en un camino de espiritualidad auténtica; necesitamos apoyo, incluida la formación y el acompañamiento espiritual, tanto como individuos como en comunidad.”

Con estas claves, podemos volver ahora al propio Documento Final del Sínodo y a lo que dice específicamente sobre la vida consagrada.

PARTE IV - LA VIDA CONSAGRADA EN EL DOCUMENTO FINAL

El Documento Final hace algo notable: no trata la vida consagrada como un sector a consultar, ni como un problema a gestionar. La trata, ante todo, como **un recurso para el camino sinodal de toda la Iglesia**. Y nombra la participación de las mujeres con particular claridad y urgencia.

En sustancia, el Documento del Sínodo dice esto:

65. A lo largo de los siglos, los dones espirituales han dado origen también a diversas expresiones de vida consagrada. Desde los primeros tiempos, la Iglesia ha reconocido la acción del Espíritu en la vida de aquellos hombres y mujeres que han elegido seguir a Cristo por el camino de los consejos evangélicos, consagrándose al servicio de Dios, ya sea a través de la contemplación como de las múltiples formas de servicio. La vida consagrada está llamada a interpelar a la Iglesia y a la sociedad con su voz profética. En su experiencia secular, las familias religiosas han madurado prácticas de vida sinodal y discernimiento en común, aprendiendo a armonizar los dones individuales y la misión común. Las órdenes y congregaciones, las sociedades de vida apostólica, los institutos seculares, así como las asociaciones, movimientos y nuevas comunidades tienen una contribución especial que hacer al crecimiento de la sinodalidad en la Iglesia. Hoy, muchas comunidades de vida consagrada son un laboratorio de interculturalidad que constituye una profecía para la Iglesia y el mundo. Al mismo tiempo, la sinodalidad invita — y a veces desafía — a los pastores de las Iglesias locales, así como a los responsables de la vida consagrada y las agregaciones eclesiales, a fortalecer las relaciones de modo que se dé vida a un intercambio de dones al servicio de la misión común. (DF 65)

Adviertan el vocabulario: *laboratorio, profecía, un intercambio de dones al servicio de la misión común*. Es el Sínodo — obispos y laicos de todos los continentes — hablando a toda la Iglesia sobre nosotros, las mujeres y los hombres religiosos. Y adviertan también que la última frase corta en dos direcciones: la sinodalidad invita y *a veces desafía* tanto a los pastores como a los responsables de la vida consagrada. El desafío se dirige a esta sala tanto como a cualquier curia diocesana.

Sobre las mujeres en particular, el Documento Final es uno de los textos más directos del Magisterio:

“No hay razón para impedir que las mujeres asuman funciones de liderazgo en las Iglesias: lo que viene del Espíritu Santo no puede detenerse.” (DF 60)

Y más adelante pide con fuerza *“un mayor reconocimiento y apoyo a la vida y a los carismas de los consagrados y consagradas y a su empleo en puestos de responsabilidad eclesial” (DF 77c).*

Esto no es una aspiración vaga. Es un llamado directo — dirigido a toda la Iglesia, incluidas aquellas diócesis y conferencias episcopales que aún no han implementado lo que ya es canónicamente posible. Gran parte de lo que aquí se pide no requiere ningún cambio en el derecho.

Requiere un cambio de imaginación, y luego una decisión. Podemos también reconocer la gran contribución de las religiosas y religiosos estadounidenses que, desde hace muchos años, han sido pioneros al abrir nuevos caminos, enviando a las primeras mujeres a obtener el doctorado en Teología, a ser presidentas de universidades católicas, a convertirse en canonistas y formadoras en seminarios, a llegar a ser cancilleres y líderes en diócesis... han inspirado y empoderado a muchas otras mujeres.

Se destaca también otro aspecto: **las estructuras construidas en la vida religiosa son modelos.**

“Las estructuras propias de la vida consagrada, en las que los superiores rinden cuentas a sus comunidades y capítulos, pueden servir de inspiración para el desarrollo de prácticas análogas en otros contextos eclesiales.” (DF 99)

Siglos de discernimiento comunitario. Nuestros procesos capitulares, nuestra experiencia de escuchar antes de decidir, nuestras tradiciones de consultar a toda la comunidad — esto es exactamente lo que las parroquias, diócesis e instituciones civiles están hoy tratando desesperadamente de aprender. Ustedes lo han hecho durante siglos. Y sus procesos de rendición de cuentas mutua, su experiencia de elegir liderazgo, sus tradiciones de revisión y renovación comunitaria son **modelos para diócesis, parroquias y movimientos** que apenas ahora comienzan a descubrir qué significa el gobierno participativo. El resto de la Iglesia está tratando de aprender lo que nosotros hemos practicado durante siglos.

Por eso debemos encontrar más maneras de compartir nuestra experiencia y sabiduría sinodal. No duden en invitar a sacerdotes, obispos y otros a aprender el discernimiento junto a ustedes, o a ponerse al servicio de estos procesos sinodales, arraigados en la oración y la escucha. Necesitamos salir de nuestras estructuras y zonas de confort para caminar humildemente con quienes son distintos de nosotros — incluidos aquellos cuya mirada pueda seguir siendo clericalista — así como salimos al encuentro de los migrantes, acogiéndolos tal como son, construyendo puentes a través del diálogo. En todos los niveles, la Iglesia necesita el diálogo intercultural e intergeneracional, y el método de la Conversación en el Espíritu que practicaremos juntos estos días es una gran ayuda para ello. No se rindan.

Lo que aportan las congregaciones apostólicas femeninas y masculinas:

Las redes internacionales como dones eclesiológicos

«Reconocemos que los institutos de vida consagrada, las sociedades de vida apostólica, así como las asociaciones, movimientos y nuevas comunidades, tienen la capacidad de arraigarse localmente y, al mismo tiempo, conectar diferentes lugares y ámbitos, a menudo a nivel nacional o internacional. (DF 118)

Ustedes son parte del tejido conectivo de toda la Iglesia. La presencia de hermanas y hermanos de América Latina y de Canadá en esta sala no es incidental. Es un signo de lo que la Iglesia está llamada a ser: una comunión de comunidades, una Iglesia de Iglesias locales.

Más allá de sus estructuras y sus redes, ustedes también aportan a la Iglesia y al mundo cuatro dones que quiero nombrar explícitamente, pues son dimensiones importantes de una Iglesia sinodal, una Iglesia para «todos, todos, todos»

Misión en cercanía a los márgenes. Sus hermanas y hermanos trabajan en escuelas de barrios desatendidos, en hospitales con los pacientes más pobres, en albergues con migrantes y refugiados, en prisiones, en zonas de conflicto. Ustedes portan un conocimiento de los pobres — no *acerca de* ellos, sino *con* ellos — que ningún proceso sinodal puede permitirse perder. En América Latina

particularmente, sus congregaciones han estado en primera línea de las Comunidades Eclesiales de Base, de los mejores frutos pastorales de la teología de la liberación, del acompañamiento a comunidades a través de la violencia y el desplazamiento.

Comunidad intercultural como testimonio vivido. En muchos de sus institutos, miembros de numerosos países distintos viven, oran, disciernen — y debaten — juntos. Esto no es fácil, y no quiero idealizarlo. Pero es precisamente lo que la Iglesia, y lo que la sociedad estadounidense, necesitan: comunidades donde la diferencia no es un problema por gestionar sino un don por recibir. Ustedes han practicado el intercambio de dones mucho antes de que tuviera ese nombre.

Una alternativa viva al individualismo y a la competencia. En una cultura que empuja incesantemente a las personas hacia la autosuficiencia y la competencia, su vida consagrada propone una antropología radicalmente distinta: los seres humanos son constitutivamente relacionales, hechos para la comunión, y se completan solo en el don. En una sociedad polarizada, ese testimonio tiene un peso profético que va mucho más allá de los muros de sus comunidades.

Sabiduría teológica encarnada, no meramente académica. La teología que ustedes portan no está solo en los libros. Está en sus prácticas, en sus tradiciones, en sus formas de orar, en su experiencia de carismas fundacionales renovados a través de las generaciones. El Documento Final llama explícitamente a las comunidades religiosas **lugares de formación sinodal** (DF 143–144) — no solo para sus propios miembros, sino para toda la Iglesia.

Lo que recibimos — y necesitamos recibir

Pero el intercambio de dones es genuinamente recíproco. **Estamos aprendiendo — quizás de manera más aguda al enfrentar nuestras congregaciones el envejecimiento y la disminución de miembros — que no podemos continuar el camino solos.** Esta vulnerabilidad, aunque a menudo difícil de aceptar, es en sí misma un don: depender más de otros, necesitar más acompañamiento, no es un fracaso de la vida religiosa, sino quizás una de sus invitaciones espirituales más profundas en este momento.

Durante muchos años, la imaginación que nos ha configurado como religiosos nos situó en un papel particular — los que ayudaban, enseñaban, formaban y cuidaban a otros; los acompañantes, los que sostenían, los que cargaban a otros. Y si somos honestos, muchos todavía llevamos un patrón inconsciente que sitúa la vida religiosa por encima del matrimonio y la familia — una jerarquía que la teología bautismal no sostiene, y que el camino sinodal nos llama a desmontar.

Quizás nuestra conversión más profunda hacia una vida más genuinamente sinodal sea esta: reconocer que lo que compartimos con todas las demás personas — como seres humanos, como discípulos bautizados de Cristo — es más fuerte y más fundamental que lo que nos distingue como religiosos. Caminar de verdad como compañeros y compañeras en el camino, junto con Cristo, todos hermanos y hermanas, construyendo relaciones de mutualidad auténtica en lugar de una lógica de dar y recibir que fluye siempre en una sola dirección.

No tenemos futuro sin los demás. Tenemos mucho que dar — siglos de carisma, misión, sabiduría comunitaria y testimonio profético — pero también mucho que recibir y aprender: de los laicos, de los sacerdotes y de los obispos, aun cuando, quizás especialmente cuando, la comprensión mutua no llega con facilidad. No podemos ser Iglesia sin ellos. Y no podemos ser la Iglesia en Estados Unidos, discerniendo su propio camino en un momento desafiante, sin fomentar relaciones de mutualidad genuina con las Iglesias locales de todo el mundo.

La presencia de hermanas y hermanos de América Latina y Canadá en esta sala no es meramente un gesto de inclusión. Es un signo genuino y profético del intercambio de dones que la Iglesia universal necesita — un signo que nos llama a nombrar honestamente y desarraigar cualquier mentalidad poscolonial que aún tienta a los países e instituciones occidentales, incluidas nuestras propias congregaciones.

La honestidad requiere, por tanto, nombrar quizás lo que las congregaciones apostólicas femeninas y masculinas están llamadas a recibir, por ejemplo:

De los laicos — especialmente de las mujeres laicas. Las mujeres laicas — madres, profesionales, mujeres que navegan entre el mundo laboral secular y la vida familiar en una cultura polarizada y a menudo hostil — traen un conocimiento del mundo que incluso la congregación más orientada a la misión puede perder con el tiempo. Su experiencia de criar hijos en comunidades divididas, de vivir en precariedad económica, de construir una vida de fe dentro de instituciones que no fueron pensadas para ellas, su gran resiliencia: esto no es un conocimiento meramente práctico. Es conocimiento teológico — conocimiento de Dios adquirido a través de un modo particular de cargar con el peso del mundo. La Iglesia sinodal nos pide recibirlo, genuina y humildemente, y no solo servir a quienes lo llevan.

De nuestras hermanas y hermanos de América Latina y del Sur Global. La Iglesia del Sur Global no es receptora de la misión que viene del Norte. Es una fuente — de creatividad misionera, de sabiduría teológica ganada a duras penas en contextos de pobreza y persecución, de formas pastorales como las Comunidades Eclesiales de Base de las que la Iglesia del Norte apenas comienza a aprender. Las hermanas y hermanos aquí presentes de América Latina y Canadá no son invitados a una mesa puesta por otros. Son plenos compañeros y compañeras en el discernimiento, y su presencia rediseña la mesa misma.

De las mujeres y los hombres jóvenes que no entran en la vida religiosa. El notable descenso de las vocaciones en Estados Unidos no es solo un desafío demográfico por gestionar. Es una pregunta profética por acoger con humildad: *¿Qué nos está diciendo el Espíritu a través del hecho de que muchas de las mujeres y muchos de los hombres más moldeados por nuestros valores — educados, comprometidos con la justicia, espiritualmente serios — están eligiendo en gran medida otras formas de vida?* Acoger esta pregunta honestamente, permanecer con ella en oración en lugar de defenderse de ella, es en sí mismo un acto de conversión sinodal.

De quienes están en los márgenes de nuestras propias comunidades. Toda congregación tiene miembros cuyas voces no son plenamente escuchadas — hermanas y hermanos ancianos cuya sabiduría es infravalorada en una cultura que premia la productividad, miembros de culturas minoritarias dentro del instituto que navegan formas sutiles o no tan sutiles de exclusión, colaboradores laicos tratados como empleados en lugar de auténticos compañeros en la misión. El intercambio de dones no comienza a nivel de la Iglesia universal. Comienza dentro de nuestros propios muros, en la calidad de nuestras relaciones cotidianas, en las estructuras de nuestra vida común.

La conversión sinodal a la que estamos llamados no es primordialmente institucional. Es personal, relacional y espiritual. Nos pide soltar la lógica de la autosuficiencia — por más noblemente motivada que esté — y descubrir que somos más ricos, más fieles y más misioneros cuando caminamos de verdad con otros, recibiendo de ellos lo que solo ellos pueden dar.

PARTE V - LA CONVERSIÓN INACABADA

Así que no debemos tener miedo de reconocer humildemente que, como **vida religiosa apostólica consagrada, mujeres y hombres, aún no hemos concluido nuestra conversión sinodal.**

Nosotros también nos enfrentamos a dinámicas clericales que, en ocasiones, son sutiles. Las encontré primero en mi propia congregación, y en mis viajes las he hallado también dentro de institutos religiosos: jerarquías entre miembros consagrados según su formación, su origen o su procedencia social; entre religiosos y colaboradores laicos; entre quienes están en el liderazgo y quienes están en misión; entre culturas dentro de la misma congregación. El Documento Final lo nombra con claridad:

“El clericalismo, fomentado tanto por los mismos sacerdotes como por los laicos, genera un cisma en el cuerpo eclesial que fomenta y ayuda a perpetuar muchos de los males que hoy denunciemos.” (DF 74, citando al Papa Francisco)

El clericalismo es un patrón cultural que puede habitar cualquier institución — incluida la nuestra. La conversión sinodal nos pide, por tanto, a cada uno, reflexionar sobre nuestro propio llamado a la conversión, lo cual requiere nombrar honestamente las actitudes y patrones que la obstaculizan. Cuatro merecen especial atención:

- **Autoritarismo** — la tendencia a decidir sin consultar, a imponer en lugar de acompañar, a tratar la autoridad como una forma de propiedad y no de servicio
- **Estrechez de miras egocéntrica** — reducir el horizonte del discernimiento a la propia perspectiva, incapacidad de recibir genuinamente la contribución de los demás
- **Reticencia a compartir** — acaparar información, recursos o responsabilidad; una mentalidad de escasez que trata la colaboración como una amenaza en lugar de una fortaleza
- **Competencia y rivalidad** — relacionarse con otros miembros de la comunidad o de otras instituciones como competidores en lugar de compañeros en una misión compartida

Estos no son fallos marginales. Son patrones culturales profundamente arraigados — presentes en la vida eclesial como en toda institución humana — que el camino sinodal nos llama a nombrar, examinar y desarraigar.

Formación: la condición de todo lo demás

Por eso necesitamos seguir invirtiendo en la formación, con especial cuidado en formar bien a nuestros formadores y líderes, abrazando la visión del Documento Final de una formación integral, permanente y compartida para todos:

*"Una de las peticiones que surgió con mayor fuerza y desde todos los contextos durante el proceso sinodal es que **la formación ofrecida por la comunidad cristiana sea integral, permanente y compartida.** Dicha formación debe apuntar no solo a la adquisición de conocimientos teóricos, sino también a promover la capacidad de apertura y encuentro, de compartir y colaborar, de reflexión y discernimiento en común. **La formación debe implicar consiguientemente todas las dimensiones de la persona humana — intelectual, afectiva, relacional y espiritual — e incluir experiencias concretas debidamente acompañadas.** A lo largo del proceso sinodal se insistió también marcadamente en la necesidad de una formación común y compartida, en la que participen juntos hombres y mujeres, laicos,*

consagrados, ministros ordenados y candidatos al ministerio ordenado, permitiéndoles así crecer juntos en conocimiento y estima mutua y en la capacidad de colaborar." (DF 143)

Así pues, estamos llamados a discernir cómo ese texto dialoga con nuestros propios programas de formación: integral, permanente y compartida; comprometiendo las dimensiones intelectual, afectiva, relacional y espiritual; incluyendo experiencias concretas debidamente acompañadas; y — este es el punto que quizás más desafía nuestros hábitos — compartida entre hombres y mujeres, laicos, consagrados, ministros ordenados y candidatos al ministerio ordenado. ¿Cuánto de su formación se sigue haciendo por separado? ¿Y cómo podríamos contribuir a esta nueva visión de formación para una Iglesia sinodal, que requiere también nuevas pedagogías participativas y nuevos espacios para vivir la formación junto a laicos y ordenados.

Las competencias sinodales que necesitamos formar

Formar para la sinodalidad significa atender concretamente a un conjunto de competencias y actitudes espirituales de las que depende todo lo demás. **El fundamento espiritual** es primordial. Sin raíces profundas en la oración, en la Palabra de Dios y en el discernimiento de espíritus, todas las técnicas y métodos de la sinodalidad corren el riesgo de convertirse en procedimientos vacíos. La conversión espiritual viene primero y sostiene todo lo demás.

Cinco competencias clave fluyen de este fundamento:

- **Autoconocimiento integral** — conocerse a sí mismo con honestidad, incluidos los propios prejuicios, resistencias y puntos ciegos, como condición previa para una escucha genuina
- **Comunicación asertiva y eficaz** — hablar en primera persona desde la propia experiencia, con claridad y respeto, sin dominar ni retraerse en el silencio
- **Integración colaborativa y trabajo en equipo** — trabajar genuinamente con otros, no simplemente junto a ellos, apoyándose en la diversidad de dones presentes en cualquier grupo
- **Capacidades de diálogo intercultural e intergeneracional** — la capacidad de relacionarse a través de la diferencia con curiosidad en lugar de defensiva, reconociendo que lo desconocido puede portar un don
- **Competencias de liderazgo compartido que promueven la cooperación** — liderar de modos que permitan a otros contribuir plenamente, en lugar de concentrar la iniciativa y la toma de decisiones en una sola persona

Abrazar una postura genuinamente sinodal es comprometerse con una manera particular de situarse en la Iglesia y en el mundo. Implica:

- **Una postura de humildad y "descentramiento"** — situarse no en el centro sino en una recta relación con Dios, con los demás y con la misión; aceptar que el Espíritu puede hablar a través de cualquiera, incluidos aquellos que no esperaríamos
- **Ser uno más entre otros en el Pueblo de Dios** — recibir la propia vocación y autoridad como un don que se ejerce en relación, no en aislamiento; reconocer que nadie — por más dotado o experimentado que sea — posee en solitario la plenitud de la sabiduría del Espíritu
- **Adoptar un enfoque de acompañamiento** — caminar con las personas en sus situaciones reales en lugar de gestionarlas desde arriba; estar presente en el camino en lugar de simplemente dirigir su resultado, reconociendo que todas las relaciones en la Iglesia sinodal están marcadas por una reciprocidad genuina: nadie es solo maestro, nadie es solo aprendiz

- **Desarrollar una actitud de escucha e interpretación** — no solo oír palabras sino buscar comprender lo que hay debajo de ellas; atender a lo que el Espíritu puede estar diciendo a través de la experiencia de quienes hablan

Un estilo sinodal de liderazgo

Todo esto converge en la cuestión del liderazgo — porque el modo en que los líderes lideran moldea la cultura de todo lo que los rodea. Un estilo sinodal de liderazgo no es un debilitamiento del liderazgo. Es una profundización y una purificación de él.

Es, en primer lugar, **liderazgo para la misión** y para la comunión — un liderazgo cuyo criterio último no es el mantenimiento institucional ni la reputación personal, sino la fecundidad del testimonio y del servicio de la Iglesia en el mundo. Y esto adopta tres formas interconectadas:

Un liderazgo de servicio — modelado según la kénosis de Cristo, quien *"no vino a ser servido sino a servir"* (Mc 10,45). La autoridad ejercida como servicio se vacía de la necesidad de dominar, de ser vista o de tener el control. Su meta es ayudar a las personas y comunidades a crecer, liberando la verdadera libertad de seguir a Cristo para amar y servir plenamente a los demás.

Un liderazgo colaborativo — que crea activamente espacio para que otros contribuyan, que construye equipos en lugar de dependencias, que reconoce los carismas de quienes lidera y los pone al servicio de la misión común.

Un liderazgo discernidor — que no sustituye el propio juicio por el movimiento del Espíritu, sino que aprende a leer ese movimiento a través de la oración, la escucha y la sabiduría compartida de la comunidad, consintiendo en descentrarse para dejar que el Espíritu sea el verdadero líder. Este liderazgo discernidor abraza *el estilo del acompañamiento* — caminar con las personas a través de sus preguntas, sus resistencias y su crecimiento, en lugar de imponer soluciones desde fuera. Y requiere seguir humildemente *el estilo de la kénosis de Jesús* — la disposición a vaciarse a sí mismo, a deponer las prerrogativas de estatus o conocimiento, para tomar decisiones según la llamada del Espíritu Santo, discerniendo lo que a menudo es un camino pascual de morir a la propia idea y visión para dejarse guiar por Cristo resucitado.

Este es el liderazgo que necesita la Iglesia sinodal. Y puede formarse — si estamos dispuestos a invertir en la formación que lo hace posible. Los invito a mantener presentes estos dos marcos durante estos días, y a preguntarse, como congregación: ¿dónde ya lo estamos haciendo bien, y dónde todavía tenemos que aprender?

PARTE VI — LA CONVERSACIÓN EN EL ESPÍRITU

Quisiera ahora presentar brevemente el mejor fruto del Sínodo, y lo que aparece cada vez más como el camino a seguir para una Iglesia sinodal en la que practicamos juntos el discernimiento eclesial para la misión

Antes de describir el método, quiero decir algo fundamental: **la Conversación en el Espíritu no es una técnica de facilitación**. Es una práctica espiritual eclesial, enraizada en la convicción de que el Espíritu Santo habla a través de toda la asamblea — y no solo a través de quienes tienen autoridad, experiencia o antigüedad.

Esta convicción no es nueva para ustedes. Sus fundadores y fundadoras la creyeron. Sus carismas nacieron de mujeres y hombres que escucharon al Espíritu hablando a través de las circunstancias, a

través de los pobres, a través de sus comunidades — a menudo contra la resistencia institucional de una Iglesia que no siempre creía que el Espíritu pudiera hablar a través de mujeres y de quienes están en los márgenes. La Conversación en el Espíritu recupera y formaliza lo que su tradición siempre ha sabido.

El Documento Final la describe como el fruto más transformador de todo el proceso sinodal:

Los tres momentos

Primer momento — Hablar desde la experiencia. Cada persona habla en primera persona, desde su propia oración y experiencia vivida. No desde su posición. No desde su experticia. No desde lo que cree que el grupo quiere escuchar. Desde lo que realmente ha experimentado de Dios en relación con la cuestión en juego.

Esto ya es contracultural. En la mayoría de las reuniones de liderazgo — incluidos los Consejos Generales — las personas hablan desde sus roles y sus agendas. La Conversación en el Espíritu pide algo diferente: vulnerabilidad, interioridad, honestidad sobre lo que realmente está sucediendo en nuestra oración y en nuestras comunidades. También pide contención de todos los demás, lo cual suele ser la ascesis más difícil.

Segundo momento — Resonancia. Después de que cada persona ha hablado, hay silencio. Luego otros comparten lo que resonó — lo que les tocó, lo que les sorprendió, lo que removi6 algo en su propia oración. No acuerdo ni desacuerdo. Resonancia.

Este momento está diseñado para frenar la mente reactiva — esa parte de nosotros que ya está formulando su respuesta mientras la otra persona todavía habla. Cultiva una escucha genuina a través de la diferencia. Lo he visto funcionar entre hermanas y hermanos de culturas que parecían no tener nada en común, entre las llamadas «conservadoras y progresistas», y entre personas que habían estado en conflicto durante años.

Tercer momento — Discernimiento. Solo después de estos dos momentos el grupo busca discernir, recogiendo los frutos de lo compartido: no la suma de opiniones individuales, sino la convergencia que surge cuando se le ha dado al Espíritu el espacio para hablar a través de todas las voces. El criterio no es una votación mayoritaria, sino la calidad del consenso — el sentido compartido de que *“esto es lo que el Espíritu le está diciendo a nuestra comunidad.”*

Estos tres momentos no son tres técnicas. Son tres conversiones: de hablar acerca de a hablar desde dentro; de reaccionar a recibir; de decidir contando a decidir escuchando y discerniendo.

Durante estos días tendremos la oportunidad de practicar este método sinodal como proceso de discernimiento en común, escuchando juntos al Espíritu. Para muchas de ustedes no es nuevo; pero el discernimiento es un arte, y nunca terminamos de aprenderlo. Cuanto más lo aprendemos y lo practicamos, más capaces somos de ayudar a otros a discernir, personal y comunitariamente.

En esta etapa, mientras el método sinodal se extiende por todas partes, existe una gran necesidad de facilitadores y facilitadoras capacitados. Que nosotros, como religiosos, asumamos nuestra parte — practicándolo nosotros mismos, y fomentando un ministerio de escucha y facilitación, para que cada vez más personas puedan experimentarlo: comenzando por los niños en nuestras escuelas y universidades, el personal de nuestras casas, y las personas a quienes servimos. Para que puedan experimentarlo como una gramática de paz, y como un camino hacia una paz desarmada.

CONCLUSIÓN — EL ESPÍRITU YA ESTÁ ACTUANDO

Lo que he aprendido en estos años acompañando el proceso sinodal de la Iglesia universal es esto: **el Espíritu Santo no está esperando a que estemos listos.** El Espíritu ya está actuando — en las comunidades que ustedes lideran, en las mujeres y los hombres laicos que sirven junto a ustedes, en los pobres que reciben su ministerio y que, a su vez, les devuelven el Evangelio.

El intercambio de dones ya está sucediendo. Su tarea — nuestra tarea — es recibirlo consciente, agradecida y valientemente, y continuar nuestro camino con Cristo, que es un camino pascual de entrega de sí por amor. La fecundidad de nuestra vida no depende de los números ni de la experticia, sino de nuestra continua disponibilidad para responder al llamado de Cristo en un espíritu de entrega de sí al servicio de los demás y para la mayor gloria de Dios.

El Documento Final concluye su tratamiento de la vida consagrada con una palabra que quiero dejarles:

“Los institutos y asociaciones están llamados a actuar en sinergia con la Iglesia local, participando en el dinamismo de la sinodalidad.” (DF 118)

No pasivamente. No ocasionalmente. No solo cuando se les invita. **Activamente.** Aportando sus carismas, sus siglos de experiencia, su testimonio profético — no solo dentro de sus comunidades, sino en la vida de las Iglesias locales, fomentando relaciones mutuas de fraternidad, en la formación de líderes laicos, a través de la colaboración con el clero, y en la construcción de una cultura del encuentro en sociedades profundamente divididas.

Ustedes han estado caminando desde que sus fundadores y fundadoras partieron por primera vez en misión. La pregunta ante nosotros no es si caminar; es si estamos dispuestos a caminar más conscientemente, más abiertamente, más humildemente — recibiendo de otros lo que solo ellos pueden dar, y ofreciendo a otros lo que solo ustedes pueden dar.

Eso es la sinodalidad. Y esa es su vocación, en este momento de la historia de la Iglesia y del mundo.

Recursos

- Sitio web oficial de la Secretaría General del Sínodo, con todos los documentos oficiales en distintos idiomas: <https://www.synod.va/>
- Documento Final en español: https://www.synod.va/content/dam/synod/news/2024-10-26_final-document/ESP---Documento-finale.pdf
- Caminos para la fase de implementación del Sínodo: <https://www.synod.va/en/the-synodal-process/phase-3-the-implementation/resources.html>
- Hacia las Asambleas 2027 de las Iglesias: la guía «Hacer memoria». [260065_1_ESP_HACER-MEMORIA.pdf](https://www.synod.va/content/dam/synod/news/2024-10-26_260065_1_ESP_HACER-MEMORIA.pdf)
- Infografía sobre el método sinodal de la Conversación en el Espíritu: <https://www.synod.va/en/resources/communication-tools/infographics.html>

- Sitio web de Recursos del Sínodo (encontrar o compartir recursos): <https://www.synodresources.org/>
- Registrarse para el boletín del Sínodo: <https://www.synod.va/en/documents/choose-your-mailing-list.html>
- Mis artículos sobre sinodalidad: <https://bc.academia.edu/NathalieBecquart>